

diéndose hacia el Sur á costa nuestra, ¿quién— á no contar con la intervención favorable de la Providencia—podrá pensar con ánimo sereno en el porvenir de México? (170)

(170) Generalmente se ha dicho y creído que el manifiesto de Scott fué escrito por alguno de los mexicanos más opuestos á la administración de Santa-Anna ó pertenecientes al partido anexionista que empezaba á formarse aquí. Lo cierto es que, habiendo aparecido bajo la firma del jefe del ejército invasor las alusiones é indicaciones aquí citadas en aplicación de la Doctrina de Monroe, su responsabilidad pesa directa é indudablemente sobre el gobierno á quien Scott representaba en México, y el cual, en lo privado, no llevó á bien que el expresado comandante en jefe se hubiera engolfado en tales honduras, como lo manifestó el secretario de la Guerra Mr. Marcy al mismo Scott en alguno de sus despachos ó cartas particulares. De luego á luego resultaba que mientras el ejecutivo de los Estados Unidos siempre alegó por causa única de la guerra la resistencia de México á satisfacer sus reclamaciones y á arreglar la cuestión de límites en los términos que pretendían nuestros vecinos, Scott dejó entender en su manifiesto que el principal fin de las hostilidades fué acabar con la preponderancia del partido monárquico que, erigido en gobierno, trataba de destruir la forma republicana en nuestro país.

JALAPA.

Usos y costumbres del invasor.—Las guerrillas en el Estado de Veracruz.—Convoyes del general Cadwalader y del mayor Lally.—Fusilamiento de Alcalde y Garcia.

Hemos dejado en Perote y Tepeyahualco la vanguardia del invasor, cuyo cuartel general, antes de terminar el mes de Mayo de 1847, quedó en Puebla, sirviéndose esta ciudad de base y punto de partida para la invasión del Valle de México.

Préviamente al examen de esta última faz de la guerra, y á fin de expeditar el camino que nos falta que recorrer, me propongo en el presente capítulo dar un vistazo al porté de los norte-americanos en Jalapa y á los principales hechos de las guerrillas en el Estado de Veracruz; y en el capítulo siguiente hablaré de la entrada y permanencia del enemigo en la ciudad de Puebla, y de algunas de sus correrías en el Estado del mismo nombre. De este modo podremos más desembarazadamente llegar á sus últimas operaciones militares en el corazón del país, y seguirlas sin interrumpir su narración ni estar saltando de un punto á otro, lo cual causa fatiga y confusión al narrador y á sus lectores.

Queda asentado que el aspecto de Jalapa en

los primeros días de la invasión, distaba mucho de ser el de una ciudad conquistada. Los dispersos de nuestro ejército se habían internado sin dar allí el espectáculo de su vagancia y miseria: algunos de los capitulados de Veracruz y Cerro-Gordo que residían en la ciudad, eran considerados y respetados: las autoridades municipales funcionaban libremente con el apoyo de la militar: el nuevo Pacto nacido del erario de los Estados Unidos, corría con sonoro estrépito dando animación al comercio, facilitando todo género de negocios y llevando cierto desahogo hasta á los hogares más pobres, sin que se experimentaran otras dificultades que la escasez de plata para los cambios, y de efectos, como harina, azúcar, sal y cereales, para llenar prontamente los pedidos. Aquella música del oro, la más agradable á los oídos modernos, y acaso también á los antiguos, no bastaba, sin embargo, á ahogar algunas notas disonantes cuyo recuerdo nos altera los nervios después de más de treinta años. Había allí viudas y huérfanos que lloraban: la lengua de Prescott, de Daniel Webster y de Washington Irving carecía de elegancia y sonoridad en boca de nuestros amos: las quejas de una patria ensangrentada y amancillada parecían dejarse oír en las brisas de aquellos verjeles: á inmediaciones de los hospitales el ruido estridente y casi continuo de la sierra, los gritos de los amputados, á quienes no se aplicaba todavía el cloroformo, y la vista de los haces de piernas y brazos sacados para su cremación ó enterramiento, at-

rorizaban á los vecinos, quienes, para dar variedad á sus emociones, tenían el espectáculo de las comitivas fúnebres en que tras un sencillo ataúd de pino pintado de negro y llevado en hombros, marchaban silenciosos y cabizbajos oficiales ó soldados al compás de una sinfonía de pitos que es lo más triste que he oído. En la noche del primer día de fiesta, como para alegrar nuestros atribulados ánimos, ejecitaron en forma alguna piezas las bandas militares á la puerta de los cuarteles. Sólo quien haya oído tal música puede apreciar en su doble sentido el agudísimo epigrama de nuestro Carpio.

Mayor solaz ofrecía, indudablemente, la abigarrada masa de los voluntarios que, con trajes á cual más caprichoso y usando muchos el sombrero de palma del país, en sus múltiples formas, á caballo ó á pie, entraban ó salían de la ciudad, ó recorrían las calles agrupándose y acostándose en las banquetas donde quiera que se sentían cansados; fumando sus pipas ó mascando tabaco de Virginia; comiendo pan con velas de sebo en vez de mantequilla, y saboreando piñas y tunas con todo y corteza. Aficionáronse desde luego á los alimentos y frutas de la tierra, y para comprarlos vendían la harina y el tocino que les repartían los proveedores del ejército; pero á lo que mayor y más decidida afición mostraron, fué al aguariente de caña, cuyo abuso no podía ser evitado no obstante las cortapisas y fortísimas contribuciones puestas á su expendio: unos cuantos sorbos de este líquido bastaban para tras-

tornarles la razón haciéndolos caer en accesos de furor ó de lacrimoso sentimentalismo, y pre-disponiéndolos á perder sus armas ó la vida, pues alguna gente del pueblo bajo no tenía escrúpulo en llevarlos de uno en uno á los suburbios ó al campo, y allí matarlos. La afición á la embriaguez no era exclusiva de los voluntarios, sino extensiva á los soldados de línea y á no pocos de sus oficiales. De una comida con que obsequiaron éstos, el día de San Juan Bautista á algún jefe, salieron los concurrentes, á caballo, casi sin poder tenerse en la silla, á apostar carreras en el paseo del camino de Coatepec; y, sin embargo, la gente curiosa que los siguió con la poca caritativa esperanza de ver á todos en el suelo, no presencié la caída de uno solo.

Aparte de este vicio, en que los hijos del país no habíamos todavía progresado, nada irregular había en la conducta de los invasores. Absteniéndose de molestar á los vecinos, guardaban compostura en los templos, (171) socorrian á los mendigos y simpatizaban con los vendedores de frutas y baratijas; y queriendo éstos darse á entender y pretendiendo aquellos aprender y hablar la lengua de la tierra, se

(171) En los primeros días algunos voluntarios entraban con las gorras puestas y fumando sus pipas; pero se quejó la autoridad eclesiástica, é inmediatamente cesó este abuso. Aparte de los irlandeses, venían pocos católicos. Muchos soldados protestantes traían consigo la Biblia.

formó un dialecto cuyos vocablos y modismos, si se escribieran y reunieran, constituirían un libro curiosísimo para los filólogos. Lo que más llamaba la atención en tal gente, era el respeto á las mujeres, tradicional en los pueblos de su raza: con excepción de algún caso de raptó, inmediata y severamente castigado, casi nada dieron que decir allí en esta línea los invasores, y se puede asentar que la prostitución no estaba en auge entre ellos. Deseosos de sociedad femenil y no pudiendo visitar sino poquísimas casas particulares, improvisaron tertulias á que solamente concurrían hembras de airada vida, tratadas y cortejadas allí, sin embargo, con las fórmulas de la más exquisita cortesanía, lo cual daba que reír grandemente á los mozos de mi tiempo. Algunas de esas sirenas de brocha gorda hicieron presa, y á la retirada del ejército se fueron con él á los Estados Unidos, casadas más ó menos civilmente. Por lo demás, si los voluntarios eran, en lo general, gente ordinaria, pocos soldados de la tropa regular no sabían leer y escribir; los oficiales de unos y otra conocían y practicaban sus obligaciones militares, y algunos, principalmente entre los artilleros é ingenieros, eran finos é instruídos y de muy agradable trato.

La organización del ejército, formado de tropas veteranas y de voluntarios enganchados por tiempo fijo; la política y el tacto con que los jefes evitaban todo motivo ú ocasión de pugna ó simple disgusto entre unas y otros; la abundancia y distribución casi siempre acer-

tada de sus recursos; la juventud y el vigor físico de los oficiales inferiores; las canas y la gravedad de los superiores, formados probablemente en los últimos hechos de armas contra los ingleses, en la escuela militar de West-Point y en las campañas contra las tribus indígenas; el lujo de ambulancias y trenes, el tamaño y potencia de sus caballos y la calidad de sus armas y municiones de guerra, nos llamaban continuamente la atención, desconsolándonos el contraste que todo ello ofrecía con lo que estábamos acostumbrados á ver en este género. Si sus frisiones carecían de la rapidez y soltura de movimientos de nuestros caballos, su carga, por el simple peso asaltante, debía ser irresistible para la mejor infantería. Si sus carros no tenían la solidez de los nuestros, eran mucho más livianos y recorrían con extraordinaria rapidez largas distancias, facilitando en sumo grado la marcha de tropas y convoyes. La superioridad de su artillería estribaba en el abundante número y en el grueso calibre de las piezas con relación á su tamaño, en la ligereza del montaje y en la instrucción y copiosa dotación de sus artilleros. En cuanto á las armas de fuego, cortas ó manutables, eran todas de percusión: las yogas que usaba la caballería se cargaban instantáneamente levantando la parte inferior del cañón: los rifles de la infantería, aunque del calibre de catorce adarmes, se cargaban con bala y tres postas y tenían un alcance mucho mayor que el de nuestros fusiles y mira más ajustada y segura: llamaba la atención por lo grueso el

pistón de estas armas, y, necesariamente, el casquillo ó cápsula fulminante era grande, y tal su potencia, que por sí sólo hacía salir del cañón un taco de los nuestros comunes. La cartuchería estaba cuidadosamente construida con papel fortísimo ó hilos de cáñamo delgado que dividían las balas de la pólvora. Esta, por último, era de la llamada "cortadilla," de gran fuerza y poco susceptible de humedecerse. Si las armas de fuego de que hablo han quedado en atraso ante las modernas, representaban entonces un gran adelanto respecto de las nuestras, y entiendo que aún hoy no serían despreciables su seguridad y la sencillez de su manejo, que no exige la instrucción ni el cuidado que los fusiles últimamente inventados.

Al lado de todas estas ventajas, había defectos y circunstancias desfavorables para el invasor, y que eran notorias. El desaseo de sus cuarteles y aun de las casas ocupadas por oficiales, llamaba la atención: los pisos de éstas quedaban casi entapizados de camisas y calcetines inservibles, y no era raro ver desde las calles en los balcones baterías completas de vasos de barro destinados á los usos más bajos, formando contraste con los tiestos de flores de las jalapeñas. Facilitábase la adquisición de armas norte-americanas de fuego, como rifles, yogas y pistolas giratorias de cinco tiros, que, los voluntarios principalmente, vendían á precio cómodo. En la adquisición y el reparto de forrajes y de efectos alimenticios para la tropa solían abundar el desor-

den y la mala fe: de lo primero suministran gravísimas pruebas, entre otros documentos, los partes oficiales del teniente coronel Mackintosh, jefe de uno de los convoyes salidos de Veracruz para Puebla; y en cuanto á lo segundo, era muy común que los compradores de sal, azúcar, harina y otros artículos para el ejército, exigiesen de los vendedores recibo por sumas de dinero mucho mayores que el importe. Se puede asegurar que faltaban frecuentemente la economía y el cuidado en el manejo de fondos, y que á causa de ello la guerra de México costó á los Estados Unidos el doble de lo debido. Por último, eran también patentes la falta de armonía entre los generales y de subordinación de alguno ó algunos de ellos al comandante en jefe, quien tuvo serias dificultades y disgustos por tal causa. (172) Unas y otros fueron viniendo á poco para el vecindario de Jalapa, y sus autoridades municipales, como consecuencia precisa del estado de guerra, de la pugna latente entre invasores é invadidos, y de la formación de las guerrillas. Desde los primeros días Scott había dicho en alguna de sus proclamas: "Mis órdenes,

(172) Aun en la tropa, no siempre la subordinación de los soldados á sus oficiales era completa. En un campamento cerca de Veracruz, el general Patterson se halló en la necesidad de cerrar á golpes con algún voluntario, y hemos visto á los de Walker, en Jalapa, tender sus rifles sobre el mayor Lally en un momento de exaltación.

sabidas de todos, son terminantes y rigurosas. En virtud de ellas han sido ya castigados algunos americanos con multa impuesta á beneficio de los mexicanos, y con prisión; y ha sido ahorcado uno por raptó. ¿No es esto una prueba de buena fe y severa disciplina? Pues se darán otras siempre que se descubra que ha sido perjudicado algún mexicano. Por otra parte, los perjuicios que hicieron los individuos ó partidarios de México que no pertenecían á las fuerzas públicas, á los individuos, partidas sueltas, trenes de carros, tiros de caballos ó mulas de carga, ó cualquiera persona ó propiedad de este ejército, en contravención á las leyes de la guerra, serán castigados con rigor, y si los culpables mismos no fueren entregados por las autoridades mexicanas, "recaerá el escarmiento en ciudades, villas y vecindarios enteros." (173) Terribles como eran estas prevenciones, comenzaron á ser

(173) Del 20 al 29 de Abril había expedido el cuartel general diversas órdenes, nombrando al general Twiggs gobernador y al coronel Childs comandante militar de Jalapa, de que se formó un departamento con todo el espacio entre Plan del Río y la Hoya; mandando cerrar las casas de juego; que todos los oficiales mexicanos no juramentados se presentaran á la autoridad militar; que los vecinos entregaran los fusiles pertenecientes al ejército mexicano, y que los alcaldes municipales fueran pecuniariamente responsables de los robos.

aplicadas. El importe de algunos equipajes de la oficialidad, robados ó extraviados en caminos inmediatos, fué exigido de los muncipes á prorrata: el homicidio de algún soldado ó correo causó la detención ó prisión momentánea del alcalde D. José María Ruiz en la casa del comandante militar: de los ranchos cercanos eran traídos por partidas sueltas forrajes, caballos, mulas y hombres: apareciendo en los suburbios de la ciudad el cadáver de un norteamericano asesinado sin que se pudiera descubrir al homicida, la patrulla que le buscaba fusiló á un infeliz zapatero que en alguna accesoría no distante trabajaba en su oficio, rodeado de su mujer y sus hijos: la compañía de voluntarios de caballería del capitán Walker, especie de contraguerrilla dependiente del mando militar de Perote, hacía rápidos descensos y era el azote de todas aquellas regiones: en uno de tales descensos avanzó hasta Coatepec, estuvo á punto de apoderarse del gobernador Soto, y á su regreso á Jalapa, traían sus rifleros los paramentos y vasos sagrados de la iglesia del Corazón de Jesús que saquearon en la expresada villa. (174)

(174) Walker murió más adelante en Huamantla. Su fuerza, formada de la hez de los voluntarios, dejó memoria amarguísima en todas aquellas comarcas.

Lo mismo se puede decir de casi toda la fuerza de voluntarios de Wynkoop. Un erudito amigo mío residente en Bruselas, me comunica á tal respecto el siguiente pasaje de la

bían venido á parar las promesas solemnes del manifiesto de Scott! La existencia de autoridades mexicanas llegó á ser casi imposible, y en

obra alemana "Cartas sobre la Guerra entre Norte-América y México" por Carlos de Grone, teniente del ejército prusiano, Brunswick, 1,850, págs. 62 y 63:

"Desde los primeros días de nuestra entrada en Jalapa hubo algunos soldados heridos y aun muertos, aisladamente, por los habitantes de la ciudad: los robos y excesos que aquellos cometían, fueron probablemente la causa. El alcalde aseguró que le era imposible evitar esos actos, ni los hurtos de cosas pertenecientes á los americanos. Entre las tropas del mayor Lally se reforzó la disciplina al grado de hacer cesar el saqueo y los robos con asalto: lo cual no hizo sino alentar á los voluntarios llegados de Perote, que mandaba el coronel Wynkoop. La numerosa canalla que formaba su tropa cometía diariamente los actos más escandalosos; por ejemplo, asaltar y robar á las señoras en las calles, hurtos en las casas, fracturas de puertas, saqueo de las iglesias, etc. En el hotel de Veracruz, donde yo estaba alojado al principio, vivían, además del coronel, cosa de diez oficiales suyos. Siete de éstos se fueron sin pagar sus cuentas, y de los cinco cuartos en que los oficiales estaban alojados, se robaron la ropa de cama, las cortinas, toallas y hasta la ropa de uso del hotelero que estaba secándose en el jardín; por último, cuatro camisas más. Varias veces ví soldados

algunos períodos fueron completamente sustituidas por comisiones militares. Por otra parte, la ciudad tuvo mucho que sufrir de la entrada y salida de invasores y de guerrillas; pues no estuvo constantemente ocupada por los primeros, y se puede decir que llegó á ver con igual horror á unos y á otras.

Más afortunada Veracruz, gozó de paz y seguridad desde su ocupación hasta el reembarque de los norte-americanos. (175) Según Ler-

de las tropas americanas con sarapes mexicanos, sillas, frenos y otros objetos, enteramente nuevos y sin duda robados, ir á dicho hotel para venderlos á sus oficiales, y á éstos comprárselos."

El barón de Grone, en su calidad de viajero, subió de Veracruz á Jalapa con el convoy del mayor Lally, y tuvo que batirse en el camino con nuestras guerrillas, como se dice más adelante en este mismo capítulo.

(175) Otro tanto se puede asentar respecto de Orizaba, ocupada poco tiempo después de la salida de la división que formó allí Santa-Anna, por una sección de voluntarios norte-americanos, á la que reemplazaron tropas de línea, no retiradas sino después que se firmó la paz. Los invasores no cometieron allí excesos; pero solían expedicionar en partidas sueltas á Córdoba, y volver cargados de gallinas, frutas y otros efectos que no podían ser considerados como botín de guerra. Era uno de los alcaldes municipales de Orizaba en aquella época D. José Joaquín Pesado,

do ("Apuntes históricos de Veracruz"), aunque sometida durante dieciseis meses, poco ó nada tuvo que sufrir bajo otros respectos: limitada allí la política de los invasores á conservar el punto mientras se hacía la paz, y á disponer de las rentas del gobierno general, procuraban atraerse simpatías impidiendo á la soldadesca cometer desórdenes, pagando todo lo que tomaban, cuidando de la conservación de los establecimientos de beneficencia y demás ramos del servicio municipal, sin separar de sus destinos á los mexicanos que antes los ocupaban; administrando imparcial justicia, aboliendo el estanco del tabaco y los impuestos sobre el comercio interior, y dejando á todos los habitantes pacíficos en completa libertad de entregarse á sus ocupaciones. En cuanto al comercio con el extranjero, aparte de los obstáculos que hubo para enviar mercancías al interior á causa del riesgo que corrían de ser quitadas por las guerrillas, y también por lo caro de los fletes, (176) á la sombra del arancel de los Estados Unidos allí vigente, pudieron importarse, pagando muy bajos derechos, toda clase de efectos, aun de los prohibidos por las leyes del país. Por lo que hace á autoridades, después de Worth, tuvo allí el mando político y militar el coronel Wilson hasta Diciembre de 1847 que le recibió Twiggs; recogéndole el primero de estos dos

(176) Se llegó á pagar 60 y 70 pesos por flete de carga de dieciseis arrobas, en mulas y carros.

jefes el 25 de Marzo siguiente, al regreso de Twiggs á los Estados Unidos. El concejo municipal que habia sustituido al ayuntamiento, subsistió hasta el 3 de Marzo de 1848, siendo disuelto en esta fecha por el repetido Twiggs y reemplazado por una junta de cinco oficiales del ejército; pero ya el 30 del mismo mes, por efecto de la paz, volvían á ejercer en Veracruz sus funciones todas las autoridades mexicanas que existían en Marzo de 1847.

Precaria y nómada fué la existencia de las del Estado con posterioridad á la batalla de Cerro-Gordo. El gobernador Soto, con el consejo de gobierno se trasladó de Jalapa á Huatusco, yendo después á Misantla: reunió allí una corta fuerza con la cual y el grueso de las guerrillas hostilizó á alguno de los convoyes procedentes de Veracruz, y se dirigió en seguida á la costa de Sotavento, vagando por los pueblos no ocupados del enemigo. El comandante general D. Tomás Marín, careciendo de tropas regulares, tuvo que permanecer de simple espectador de los hechos de los guerrilleros, no obstante su propio brío y pericia. La legislatura se reunió en Huatusco de Julio á Septiembre de 1847, y dictó algunas medidas para la reorganización de la guardia nacional; la requisición de armas por medio de juntas de armamento y defensa que debían instalarse en todas las cabeceras de departamento; la recompensa de los inutilizados en la campaña, y la excitativa á los Estados vecinos á fin de que enviaran fuerzas al de Veracruz, como aquel en que indudablemente se podía con más

seguro éxito hacer la guerra á los invasores. Pero todas estas providencias quedaban sin efecto, por la falta absoluta de recursos y el cansancio y la apatía que la misma guerra iba causando en las poblaciones.

La resistencia en casi todo el rumbo de Oriente, desde que Santa-Anna subió á Puebla con las tropas que habia reunido en Orizaba, vino á fincar casi exclusivamente en las guerrillas. Formáronse en los Estados de Veracruz, Puebla y México, como se habian formado en el de Tamaulipas, donde, á las órdenes de los generales Urrea, Romero y Canales, causaban gravísimo daño al enemigo desde los días siguientes á la batalla de la Angostura. De los notables hechos de las de Puebla, al mando del general D. Joaquín Rea, me he de ocupar en alguno de mis próximos capítulos. Las de Veracruz, organizadas con autorización y por excitativa del gobernador Soto, tuvieron de principales jefes á los coroneles D. Juan Clímaco Rebolledo, de Coatepec, y D. Mariano Cenobio, de la costa; á los clérigos españoles D. Celestino Domeco de Jarauta y D. José Antonio Martínez; (177) á D. Juan Aburto, D. P. Es-

(177) Ambos individuos, que indudablemente habian errado vocación, eran activos y valientes, y se hicieron temer mucho de propios y extraños. A fines de 1847 se retiraron del camino de Veracruz á los Llanos de Apam y á inmediaciones de Pachuca. Martínez pereció en Zaualtipan atacado por una partida norte-americana en Febrero de 1848; y Jarau-

coto, D. Leonardo Licona, D. Vicente Quirasco, D. Manuel y D. J. M. García, D. Vicente Salcedo, D. Francisco Mendoza, D. N. Alvarado, D. J. M. Vázquez y D. Jacinto Robleda. Este último formó una guerrilla de 30 jóvenes de Veracruz á quienes suministraban municiones, no sin grave peligro personal, D. Felipe Robleda (178) y algunos otros vecinos. Casi toda la demás gente de armas, que se cree nunca excedió de 800 hombres, era de Coatepec, Orizaba y algunos pueblos inmediatos á la costa. Sabido es que tales guerrillas, de caballería casi en su totalidad, eran fuerzas volantes parecidas á las de nuestra guerra de insurrección, y á las que en España prestaron buenos servicios en tiempo de la invasión francesa; y que su misión principal se encaminaba á hostilizar á tropas y convoyes del enemigo en su tránsito de Veracruz á Puebla y México, ó del interior á la costa. "Para que obraran—dice Lerdo, en su obra ya citada—con algún orden y concierto en sus operaciones, previno el gobernador que todos los guerrilleros estuvieran bajo el mando de Rebolledo, á quien se

ta que, después de firmada la paz, se pronunció con Doblado por la continuación de la guerra, fué fusilado en Julio del mismo año.

Rebolledo, años después, ejerció los mandos civil y militar del Territorio de la Baja California, y entiendo que allí murió.

(178) Teniente de la compañía de granaderos del batallón de guardia nacional de Veracruz, durante el asedio de dicha plaza.

nembró jefe de las líneas entre el puerto y Jalapa y Orizaba. Esta disposición no fué obedida, obrando cada partida á voluntad de su jefe, lo que ocasionó que, por una parte, no hicieran al enemigo todo el daño que pudieran haberle hecho, mientras que, por otra, causaban grandes perjuicios al comercio y á algunos de los desgraciados arrieros mexicanos que transitaban por aquel rumbo; valiéndose los guerrilleros para esto de la providencia que se había dictado prohibiendo todo tráfico con los puntos ocupados por los norte-americanos." Y antes había el mismo escritor asentado, hablando de las guerrillas: "Provocando duras represalias de parte de los norte-americanos, no tardaron en difundir la muerte y la desolación en todos los pueblos y campos inmediatos á los caminos que por Jalapa y Orizaba conducen á la capital." Terribles fueron, realmente, las represalias. Los invasores, para perseguir á las guerrillas, organizaron algunas fuerzas por el estilo de la de Walker, y, no pudiendo dar con los guerrilleros, desconfiaban de los habitantes de ranchos y haciendas, incendiaban algunas fincas y mataban á muchas personas pacíficas, dejando desiertos por el terror no pocos poblados.

De la relación que el repetido Lerdo hace de las guerrillas en el Estado de Veracruz, y que es la más extensa que conozco, voy á extractar estas otras noticias. La primera guerrilla organizada fué la de Rebolledo, quien á principios de Mayo se había apoderado ya de

dos hatajos de mulas cargadas. Del 22 al 30 del mismo mes, según parte del expresado Rebolledo al gobernador Soto, las guerrillas de Jarauta, García y Vázquez tuvieron varios encuentros con el enemigo, matándole 102 hombres y quitándole 126 caballos y mulas aparejadas y de tiro, 28 barriles de vino y aguardiente, 23 bultos de diversas mercancías, 4 cajones de parque y 6 carros. Un convoy salido de Veracruz para Jalapa á fines del mismo Mayo, (179) escoltado por 800 norte-americanos, fué atacado en Paso de Ovejas y perdió mucha gente entre muertos y heridos, 40 carros que fueron incendiados, 1 bandera, 1 caja de guerra, 40 tiendas de campaña y otros efectos; y temiendo que toda su fuerza sucumbiera, salió de Veracruz á auxiliarle con 500 hombres el general Cadwalader. El 31 de Mayo atacó también Rebolledo á un destacamento norte-americano en el rancho de las Animas, á inmediaciones de Jalapa, y le quitó más de 200 mulas y caballos frisones, haciéndole 1 muerto y 3 heridos. Por estos días suspendieron sus viajes las diligencias de México á Veracruz, así por haber tomado Jarauta los caballos y mulas de las postas, como por la ninguna seguridad que había para los pasajeros, pues las guerrillas atacaban á todo el que transaba entre Veracruz y Jalapa, y se dió el caso de incendiar literas y obligar á los viajeros á ir á pie hasta el puerto. Un nuevo

(179) El del teniente coronel Mackintosh, salido para Puebla, y puesto desde Paso de Ovejas al mando del general Cadwalader.

convoy salido de Veracruz en Septiembre, (180) fué atacado el 19 en Santa Fe. En 30 de Noviembre siguiente, avisó Cenobio al comandante general Marín haber tomado un hatajo de mulas cargadas que custodiaba el enemigo, y repartido el botín á los 150 hombres de su fuerza. En el mismo Noviembre, á consecuencia de lo mucho que se habían acercado las guerrillas, dejaron de entrar en Veracruz leche y verduras, y fué preciso que el gobernador civil y militar Wilson proporcionara escoltas á los rancheros introductores de dichos efectos. El 4 de Enero de 1848 las guerrillas atacaron en Santa Fe otro convoy y le quitaron 28) mulas cargadas de mercancías de varios comerciantes, por valor de 125,000 pesos. (181) Todavía después de firmada la paz, en Febrero y Marzo, atacaron en el mismo punto de Santa Fe un nuevo tren de efectos, apoderándose de sedería por valor de 8,000 pesos: en la Antigua quitaron unos hatajos de mulas cargadas, matando ó hiriendo á los arrieros porque llevaban licencia de los norte-americanos para la portación de armas, y acometieron en la Soledad á un destacamento de los Estados Unidos quitándole 3 carros y haciéndole 13 muertos y otros tantos heridos. Además de lo expuesto, habían destruido en el camino de

(180) Probablemente se refiere esta noticia al del mayor Lally, salido el 6 de Agosto.

(181) Gran parte de estos efectos pertenecía á D. Francisco Fernández Agudo, comerciante rico de Jalapa.